

EL ESTILO DE GISCARD

Al borde de sus primeros cien días de gobierno, Valéry Giscard d'Estaing presenta la imagen de un Régimen que responde a lo que entre nosotros se llama la derecha civilizada, por contraste con otra derecha montaraz y bravia que conocemos mejor. Lo cual no evita que la izquierda francesa considere que esta derecha reinante es «la más reaccionaria, tradicionalmente insensible a las necesidades populares, celosa de sus privilegios, autoritaria y despectiva para el pueblo»; el «reino cínico y brutal de los barones de la finanza y de la industria», la «derecha dispuesta a todos los abandonos para preservar sus intereses de clase» (Georges Marchais, secretario general del partido comunista). Son términos propios de la lucha política, que está abierta, y que responden a un temor agudo de la izquierda: que la derecha francesa les robe la clientela. En el caso del partido comunista, un temor más considerable aún: que esta derecha que se abre sobre la izquierda, que toma sus proyectos y sus proposiciones y los lleva a la práctica —no sin una previa digestión, no sin antes privarles en gran parte de sustancia para dejarlos en gran apariencia—, se pueda llevar consigo al partido socialista. El partido comunista vive con esa desconfianza y con ese temor desde que comenzó su alianza electoral. Digamos que el partido socialista francés no tiene una tradición muy limpia en sus cambios de alianza y en sus coqueteos —y más— con la derecha, y que el talento y la capacidad política de Mitterrand no se contradicen con una biografía de gran vuelo en la aventura política. Podría suceder muy bien que los socialistas vieran demasiado lejano el momento de la toma de poder de la izquierda, o demasiado duro, y concibieran en algún momento una estrategia pactante. Los anzuelos no les faltan. El ministro Lecanuet, que representa en el Gobierno un centro clásico, ha declarado hace poco lo siguiente: «Combatiré hasta que los socialistas entren en la mayoría». Otra respuesta comunista: «Sueña con regresar a la IV República, que veía al partido socialista servir de tapadera, de rehén, a la derecha y a su política. Lecanuet es el hombre del pasado más detestable y más hundido. Pero se ha quedado anticuado. Hace diez años que intenta debilitar y romper la izquierda dividiéndola. Y desde hace diez años, la izquierda no ha hecho más que reforzar su unión. Se puede predecir el mismo éxito a la última fanfarronada de Lecanuet». Pero la «fanfarronada» había asustado también a la derecha menos civilizada, y Sanguinetti, secretario general de la UDR, respondió diciendo que si el centro se unía a los socialistas, ellos, los degollistas, harían una gestión paralela con los comunistas...

El estilo de Giscard es el de este vampirismo sobre la sangre electoral de la izquierda. Aparte de su talento personal reformador, la lección aprendida en las elecciones de mayo la está utilizando con sabiduría. Fue esa lección la de que media Francia está inclinada hacia el cambio profundo que supone la izquierda; que el ejercicio del gobierno desgasta los programas, que no siempre se pueden cumplir, y que en unas elecciones generales, la inclinación hacia el programa de la izquierda unida será aún mayor, a menos que el Régimen haga progresos profundos y visibles, y permita un cambio «sin aventura» o sin riesgo. El sueño de todo Gobierno es el de ser considerado como centrista —sobre todo en Francia, país que tiene un pesado centro de gravedad—, y Giscard busca para su derecha una buena capa de centro. Para lo cual tiene, sobre todo, que definir una derecha como contraria a sí mismo. No le es difícil: la derecha de la que distanciarse es la anterior (no tanto como para perder su ayuda en casos electorales, aunque esa ayuda le vendría inevitablemente sola como alianza negativa contra la izquierda), concretamente la del tiempo del general y sus epígonos. En la alocución del 27 de agosto —conmemoración de su trimestre presidencial—, la frase condenatoria de aquella derecha ha sido dura: ha hablado del «gobierno por el miedo». Si se piensa que Giscard ha participado considerablemente en esos Gobiernos del miedo en tanto que ministro, y ha ejercido el miedo fiscal muy abundantemente como ministro de Finanzas, se quedará uno maravillado de la versatilidad política. Nada le impedía entonces pasarse a la oposición y luchar contra el miedo, contra el Gobierno represivo. Pero la política está hecha de estas pequeñas o de estas grandes trampas. Tampoco en este país de ex ministros profesionales en el que vivimos podemos ya asombrarnos demasiado de ver a los políticos desolidarizarse de aquello de lo que fueron solidarios y colaboradores explícitos. Mucho más iremos viendo. Giscard define, pues, una derecha de la que distanciarse. Le-

ca, a su vez, habla del «episodio golista», que quería borrar de la Historia de Francia. Por lo menos, él estuvo en la oposición.

¿CÓMO aproximarse a la izquierda? Con el mismo golpe. Ya no se gobierna por el miedo, se trata de eliminar de la legislación los dispositivos represivos. El Presidente de la República puede ser criticado libremente: «prefiere la protección del buen sentido a la de la represión». Está buscando una alternativa a la revolución. Giscard ha abierto su declaración del 27 de agosto con una tesis clásica: los revolucionarios buscan el cambio por medios violentos, porque sólo así pueden desbloquear una sociedad inmovilizada y han dejado de creer en que sea posible un cambio pacífico. Si el cambio pacífico se produce, los revolucionarios dejarán de tener motivos o necesidades, y la sociedad cambiará en el sentido que ellos buscan. Es la forma moderna y más peligrosa —desde la óptica revolucionaria— de la contrarrevolución. El estilo kennedyano. Su balance de cien días se llena de auto-satisfacción sobre lo realizado. Ya tienen derecho de voto los menores de veintinueve años (a partir de los dieciocho), ya las mujeres comienzan a ocupar un puesto mejor en la sociedad, y tienen a una de sus combatientes, Françoise Giroud, convertida en ministro de la Condición Femenina. «Ya no hay tablas de escucha, ya no hay censura ni en las películas ni en las prisiones». La radio y la televisión «serán profundamente reorganizadas a fin de asegurar la libertad y la calidad». Las mujeres «podrán practicar libremente, es decir, según su conciencia, la contracepción». Es un principio. El Parlamento va a debatir la parte represiva de la legislación sobre el aborto: «y yo deseo que se pronuncie en el sentido de la apertura y en el sentido del liberalismo». Después se pondrá al día la legislación sobre el divorcio; desde septiem-



«Yo deseo que el Parlamento se pronuncie en el sentido de la apertura y del liberalismo».



«Demagogia» es la palabra que más repite la crítica, lo cual no evita que el reformismo progresista de Giscard tenga un eco considerable: es una visión nueva de la derecha.

bre, los ancianos cobrarán un aumento del 20 por 100 sobre sus pensiones del trimestre anterior. Y se va a buscar la «justicia fiscal» con una generalización de los impuestos sobre las plusvalías, y aclara que no se trata de que haya que pagar más, sino de que paguen todos y las cargas de la sociedad estén mejor repartidas. El Parlamento va a estudiar los derechos de la minoría; esto es, una reforma constitucional que institucionalice la oposición.

PERO, a cambio de todo ello, pide buen sentido. He aquí el punto débil de la izquierdización del Presidente. El buen sentido debería hacer que los sindicatos se contuviesen en sus demandas y en sus acciones. Se trata de luchar contra la inflación. Los sindicatos alemanes, los sindicatos americanos —cita Giscard— aportan su piedra a la lucha contra la inflación. ¿Por qué no han de hacerlo los franceses? Los salarios han subido en el trimestre giscardiano un 6 por 100; los precios, sólo un 4 por 100. De forma que los salarios habrían contribuido más a la inflación que los precios. Respuesta inmediata de los sindicatos, de la CGT y de la CFDT: no están dispuestos a aceptar la oferta presidencial. Es un encubrimiento de la realidad. Las medidas de la lucha contra la inflación —dicen— favorecen la concentración industrial en detrimento del empleo; los trabajadores no pueden ser solidarios de una política contraria a sus intereses. Los movimientos de reivindicación de otoño no van a faltar, y el deseo de evitarlos del Presidente de la República no han penetrado en la masa salarial, que entiende menos de estadísticas que de la miserosa realidad de que, ascendiendo cada mes los salarios en relación con los precios, su capacidad adquisitiva sea cada vez menor.

ALGUNAS de estas razones han hecho que el partido comunista (Marchais) llame «prestidigitador», e «ilusionista» a Giscard. Algunos puntos de la reforma, ¿son reales o imaginarios? Desaparecen las «tablas de escucha» —los auriculares de la Policía sobre los teléfonos privados— y la censura de cine. Pero, ¿han existido alguna vez? El Gobierno anterior —el del miedo— aseguró que nunca habían existido tales cosas como las escuchas telefónicas. No eran oficiales, ¿Puede ocurrir que sigan siendo clandestinas, paralelas, si ningún Gobierno las ha reconocido jamás? La censura de cine tampoco ha existido. Hay una comisión de control. Y sigue existiendo. Cierto, ha permitido películas que estuvieron prohibidas, pero son películas de carácter sexual y no político. Van en el sentido de una mayor comercialización de la industria cinematográfica, y lo que hay que hacer es evitar el desarrollo capitalista de esa industria, las protecciones estatales, el sistema por el cual se alienta el cine comercial y se desalienta el político,

el reflexivo. La radio y la televisión se privatizan: va a entrar en ellas la publicidad como sostén económico, va a ser el capital el que las dirija en lugar del Estado, lo cual es un paso atrás. Sobre todo, si es el capital el que sostiene al Estado, y viceversa. Como Europa: la que defiende Giscard no es la de todos, la entidad supranacional de Parlamento, sindicatos, partidos, sino la de los «barones de la industria». ¿El aborto, la contracepción? La izquierda no es partidaria de una política antinatalista, sino al contrario: teme el envejecimiento de Francia y la falta de generaciones de recambio. Naturalmente, nunca se ha pronunciado contra el aborto y la contracepción abiertamente —son votos, y finalmente defiende la libertad de conciencia—, pero prefiere una sociedad formada o reformada de tal manera que tener hijos, naturales o legítimos, no sea drama ni problema para ninguna mujer ni para ninguna pareja. Como con la «condición femenina»: la izquierda tampoco se opone a lo que se llama la promoción de la mujer —y no son sólo los votos los que le impiden esa oposición—, pero la considera perfectamente ilusoria mientras no haya una reforma profunda de la sociedad, puesto que de otra manera su esclavitud será doble y la condición masculina no será tomada en consideración. Mucha desconfianza para la cuestión de los impuestos sobre las plusvalías, aunque la proposición la considere interesante. Pero, ¿qué pasará con esta y con otras reformas cuando pasen al estadio práctico, cuando se conviertan en leyes? ¿Cómo van a ser modificadas, manipuladas, situadas para que conserven su aspecto de demagogia y no perjudiquen a los grandes intereses del capital? La izquierda considera que todo es imposible y que todo es inútil mientras las fuentes de producción sigan en manos de los intereses privados, mientras la democracia no penetre profundamente en la empresa...

DEMAGOGIA es la palabra más abundante en las críticas. Lo cual no evita que a los ojos de muchos franceses el reformismo progresista de Giscard tenga una persuasión considerable. Responde a una visión nueva de la derecha sobre el mundo en que vivimos, modificado por los cambios de relaciones de fuerzas, por las presiones internacionales, por la «era de la coexistencia». Responde con bastante inteligencia. Es el tiempo de la «derecha civilizada», y Giscard da su estilo a esta forma de gobierno, aun con el rechazo concreto de la palabra derecha. Pero su carrera es más larga. Los tres primeros meses, los cien primeros días, no son nada en un período de siete años, que es el que Giscard tiene por delante. Lo que está haciendo ahora es un programa electoral, después de las elecciones, pero siempre antes de las próximas —de las legislativas—; puede robar mucha clientela. Pero si su reformismo no es real ni profundo, no podrá robar el poder. ■